

Regresos imposibles

Hay libros que permanecen olvidados en las estanterías. Suelen ser obras que gozaron de un tiempo glorioso y que su título hoy le dice poco o nada al joven lector. Más que un ejercicio nostálgico o arqueológico, recuperarlas es un justo agradecimiento a esas primeras lecturas.

Judith Kerr

Cuando Hitler robó el conejo rosa

Madrid: Alfaguara, 2004

Recuerdo que lo compré en la librería Antonio Machado en Madrid. Solía ir con mis padres y a mí me encantaba, porque ellos se quedaban delante en la sección de adultos y yo podía estar sola en la sección de infantil, a mis anchas. En aquella época, compraba los libros de Alfaguara como si se tratara de una colección. Lo primero que hacía era acudir a la estantería donde estaban a ver si había alguno nuevo de color amarillo. Ahora sé que no era por casualidad y que detrás de aquella colección, en aquella época, estaba la dirección editorial de Michi Strausfeld, que sin duda nos marcó a muchos de mi generación.

A la hora de elegirlo una de las cosas que más me atrapó fue el título, pero el dibujo en la portada terminó de convencerme. Había algo en esa ilustración sencilla, un poco naïf, que me hacía pensar que lo había dibujado una niña, quizás la misma protagonista.

En este relato Anna, una niña de nueve años, ve como su vida se transforma drásticamente de la noche a la mañana. Su padre, escritor, tiene que huir de Alemania antes de que los nazis ganen las elecciones de 1933. Viven un tiempo en Suiza y después en Francia y la novela termina justo cuando tienen que trasladarse a Londres.

El título hace referencia sólo a un pequeño episodio: de entre todos los juguetes, hay que elegir uno

para llevarse y Anna tiene que dejar atrás su conejo rosa. Sólo una vez se hace referencia en el libro a que, seguramente, una vez confiscadas todas sus pertenencias, Hitler se dedicaría a jugar con el conejo. Sin embargo, esa imagen fue muy intensa para mí y en varias ocasiones a lo largo de mi vida imaginé esa escena ridícula. Ya se sabe que la ridiculización es la mejor forma de perder el miedo.

El recurso del humor para aliviar ciertas situaciones está presente a lo largo de todo el libro. Aunque

la historia es trágica, el narrador consigue mantener siempre un tono de optimismo, ayudado sin duda por Anna, quien vive la experiencia como una gran aventura. Precisamente, una de las partes del libro que más permanecieron en mí y que mejor recuerdo es bastante idílica. La estancia en Suiza al borde de un lago, una primavera y un verano, se perfilan casi como unas vacaciones, eso sí, unas vacaciones obligadas por el nazismo.

Este supuso el primero de una serie de libros sobre la Segunda Guerra Mundial que leí en aquella época (*La habitación de arriba* de Jana Reiss, *El Diario de Ana Frank...*). Pero esta novela tiene

para mí unos ingredientes, además de ese optimismo que conserva, que la hacen particular. Principalmente, que no se centra sólo en el problema del nazismo y el genocidio judío, sino que es el tema del desarraigo y la inmigración el que termina por ser el central.

Una vez que la familia se traslada a Francia el problema del idioma se torna fundamental. Anna no



habla una palabra de francés y durante meses se esfuerza en aprenderlo, se frustra y hasta se deprime por la dificultad que presenta poder entender y expresarse.

Hasta que, un día, el mundo entero cambió.

Era un lunes por la mañana, y Anna encontró a Colette junto a la verja del colegio.

“¿Qué hiciste el domingo?”, le gritó Colette; y en vez de traducir mentalmente la pregunta al alemán, decidir la respuesta y luego traducir ésta al francés, Anna respondió: “Fuimos a ver a nuestros amigos”.

Fue como si las palabras le vinieran de no se sabía dónde, en perfecto francés, sin tenerlas que pensar.

Entonces yo tenía nueve años, como la protagonista, y para mí el inglés no era más que una asignatura, algo que hablaba con frases sueltas un par de veces a la semana. Esta imagen de que otro idioma se apoderara de tus pensamientos, de que realmente pudieras pensar en otra lengua y que esto no supusiera ningún esfuerzo, me impresionó. Realmente cuando muchos años más tarde me encontré en esa misma situación, no me resultó menos fascinante que a la misma Anna.

Sin embargo, para la lectora que era entonces y que sigo siendo, la sensación que más fuertemente perduró en mí después de leer el libro fue la del desarraigo, la de no pertenencia. Sin duda no hace falta irse lejos para experimentarla, pero quienes la hayan sentido seguro que se identifican con Anna. Esa sensación de que el lugar donde nos habíamos sentido en casa se vuelve extraño es poderosa.

Después de un año en Francia, la familia regresa a pasar las vacaciones a Suiza al hotel donde se hospedaron el año anterior. Allí los niños encuentran, sorprendidos, que todo sigue igual. Anna se encuentra un día con su amiga Vreneli y ésta le dice:

“-¿Sabes lo que te digo? Que estás diferente.

-¡Qué va!- dijo Anna indignada.

-Sí que lo estás -dijo Vreneli-. No sé qué te pasa, pero has cambiado.

-¡Qué tontería! -exclamó Anna- yo no he cambiado en nada.

Pero sabía que Vreneli tenía razón, y de repente, a pesar de que sólo tenía once años, se sintió muy vieja y triste”.

Y entonces la pregunta se vuelve más trascendente y la palabra “casa”, parece no tener ya el mismo

significado. Al irse de París tiene lugar la siguiente conversación:

“-Volveremos- dijo papá.

-Ya lo sé- dijo Anna. Recordó lo que había sentido cuando volvieron al Gasthof Zwirn de veraneo, y añadió:- pero no será igual... no nos sentiremos en casa. ¿Tu crees que llegaremos a sentirnos en casa en algún sitio?

-Supongo que no -respondió papá- no como la gente que ha vivido en un mismo sitio durante toda su vida. Pero nos sentiremos un poquito en casa en muchos sitios, y eso puede estar igual de bien”.

Varios años después de leer *Cuando Hitler robó el conejo rosa*, una prima me dijo que existía una segunda parte. Recuerdo que discutí con ella, no me lo creía, no podía ser que a una experta como yo (tanto en las publicaciones de

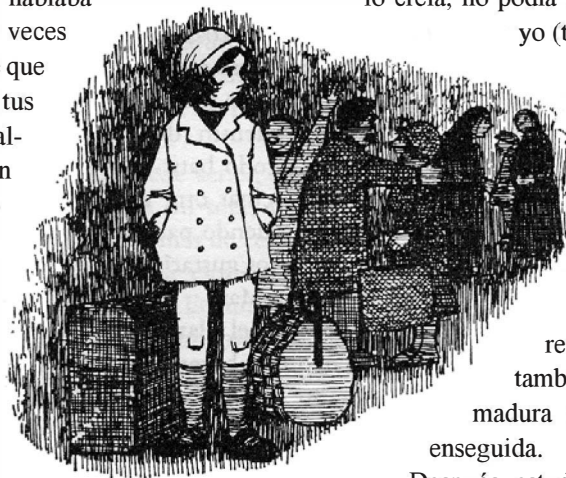
Alfaguara como en el tema de la Segunda Guerra Mundial) se le hubiera pasado por alto. Sin embargo tenía razón. Leí *En la batalla de Inglaterra* alrededor de los catorce. El reencuentro con esa Anna que también había crecido, ahora más madura y enamoradiza, me atrapó enseguida.

Después, estudiando en Londres, descubrí que había una tercera parte: *A Small Person far Hawaii*, que desconozco si se tradujo al español, pero que me pareció una novela mucho más triste y que me dejó un sabor mucho más amargo.

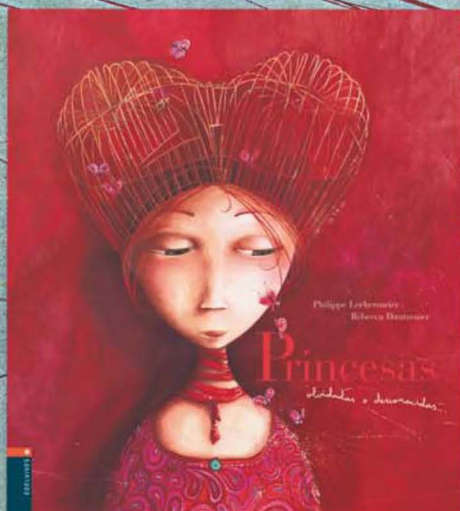
Tras haber releído el libro y después de haber escrito estas líneas, me pregunto si este libro influyó en mí tanto que estimuló mis ganas de aprender idiomas, de vivir en el extranjero. ¿O será quizás que lo elegí porque ya tenía esa curiosidad? Sospecho que ambas cosas son ciertas, pero realmente nunca podré llegar a saberlo. La relectura me hace creer que sé por qué me interesó tanto entonces, pero la realidad es que sólo puedo saber por qué me interesa ahora. Imposible saber también qué provocará en el lector que lo lea hoy por primera vez. Pero en cualquier caso creo que es un libro que merece la pena ser leído, porque más allá de lo que pueda provocar en cada uno de nosotros y de lo que pueda significar a posteriori en nuestra vida, es una buena historia. ☑

Estrella Escriña

Licenciada en filología hispánica, es integrante del grupo Tandem que se dedica a la narración oral y a la animación a la lectura



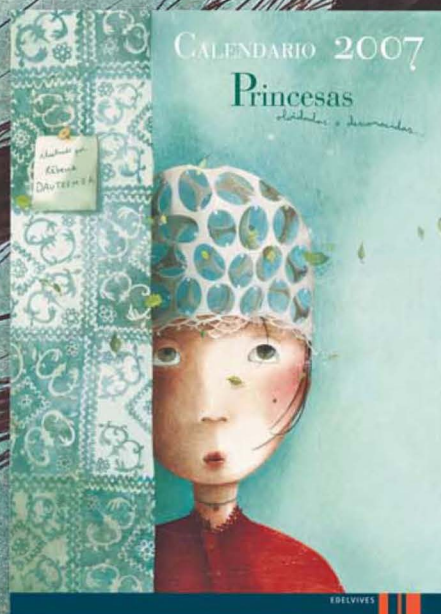
¡Sigue disfrutando del universo de Princesas!



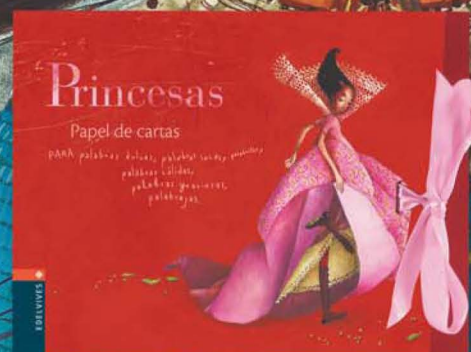
Autor: Philippe Lechermeier
Ilustradora: Rébecca Dautremer



DIARIO SECRETO
en el que escribir
pensamientos, secretos,
deseos...



CALENDARIO 2007
con doce retratos de Princesas,
uno para cada mes del año



PAPEL DE CARTAS
para escribir palabras dulces,
palabras locas, palabritas, palabras cálidas,
palabras graciosas, palabrejas

EDELVIVES

Libros que hacen lectores